

A black and white portrait of Eduardo Chirinos, a man with a beard and mustache, wearing a dark cardigan over a light-colored collared shirt. He is holding a small cup with both hands. The background is dark and out of focus.

Eduardo
Chirinos
(1960 - 2016)

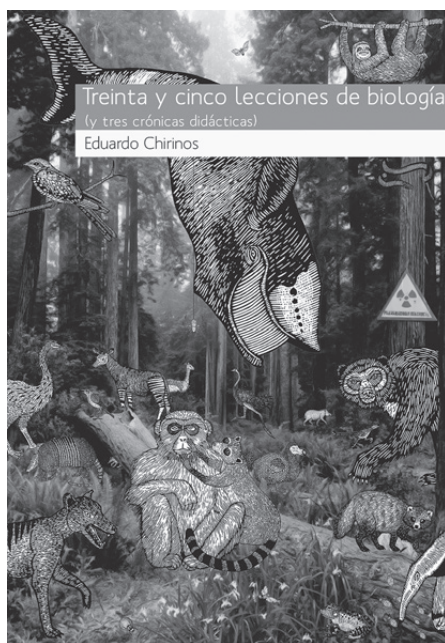
Miguel Ángel Flores

LLA RECIENTE MUERTE DEL POETA PERUANO EDUARDO CHIRINOS nos hace pensar antes que todo en el carácter clandestino que ha adquirido la difusión de la poesía en nuestros días neoliberales. Y la vida de Chirinos nos confirma que poesía siempre habrá, que los poetas no adquirirán la condición de fantasmas. Los libros de poesía siempre encontrarán lectores, secretos y espectrales que forman una inmensa minoría, lo que aseguran su existencia. No sobra señalar que en la era de las comunicaciones instantáneas y las amplias posibilidades para la circulación de los libros, el conocimiento entre los poetas y sus obras sigue pasando por España. En época de Rubén Darío, los libros publicados en algunas capitales de Latinoamérica se leían en México. Nos enteramos de la obra de Chirinos gracias a que su magnífica obra tuvo buena recepción en España. Así inició su camino por varios países de nuestro continente. Y en nuestro país publicó dos de ellos: *Humo de incendios lejanos* (Aldus, 2009) y *Treinta y cinco lecciones de biología* (UAM / Textofilia, 2014). No recuerdo que hayan recibido la atención que merecen.

El prestigio de Eduardo Chirinos se fue construyendo libro a libro. Perteneció a esa estirpe de poetas han sabido mantenerse en un nivel de calidad constante, sin desniveles y lamentables caídas. En él la cultura jugó un gran papel, pero no como ostentación de un conocimiento sino como punto de partida para recrear sus lecturas o cuanto había visto y oído para entregar una versión personal de todo ello. Construía visiones poéticas de una experiencia que pasaba por los libros pero que tenían la vitalidad de un lenguaje impregnado de un oído diestro en el manejo de la melodía de las palabras que empleaba. Un ejemplo basta. En uno de sus primeros libros, *El libro de los encuentros*, concluye su poema “Invierno de noche” con esta imagen onírica que se desliza por su ritmo en nuestro oído y nos deja una profunda vibración por su carácter visual:

(Un tropel de caballos galopa en una playa desierta
el humo rabioso de sus cascos sacude la orilla y se alza en dirección del mar.
Muy cerca danza desnuda una mujer.
No parece medrosa ni asustada, esa doncella es virgen y está ciega).

El inicio de su sólido prestigio como poeta fue la obtención en 2001 del I Premio Casa de América de Poesía Americana con su libro *Breve historia de la música*



(Visor, 2001). Esa breve historia constituye un recorrido por la cultura musical de Eduardo Chirinos donde se combina el gusto por la música con un verso nítido y terso de gran lirismo:

A la sombra del castaño
 duerme Sophia la siesta
 Faunos nerviosos tocan
 los pechos de la doncella
 Silvanos desnudos danzan
 un calmo son de vihuelas
 Ha despertado Sophia
 Palomas enamoradas
 beben el agua fresca.

De sus dos libros publicados entre nosotros hay que destacar su plena madurez. En *Humo de incendios lejanos* se establece una conversación con el lector en un tono íntimo, en el que las experiencias de vida, las evocaciones, son tamizadas por una red de palabras que nos va dejando el eco de una tradición poética bien asimilada con su toque personal. En una entrevista definió con certeza su *ars poetica* y explica el origen de su riqueza verbal y rítmica en el contorno de sus imágenes: “Mi ojo es clásico, mi oreja vanguardista”.

De su otro libro, que lleva el sello de nuestra casa de estudios, Eduardo Chirinos nos mostró su gran capacidad para hacer del poema una pieza lúdica y lúcida al ocuparse de una zoología impregnada de mito y

leyenda, que ya sólo vive en la imaginación y a la que él le da el toque de “verdad científica”.

El libro *Treinta y cinco lecciones de biología (y tres crónicas didácticas)* está compuesto por poemas dedicados a los animales. Contiene un prólogo en el que el autor justifica su interés temático y da la referencia sobre su fuente de información: el libro del biólogo y etólogo inglés Richard Dawkins, *El cuento del antepasado*, en que señala que “la poesía se encuentra agazapada y disponible en cada una de sus páginas”, lo que revela una erudición poco común sobre el tema.

El rasgo más acertado de estas *Treinta y cinco lecciones de biología* es la estrategia que adopta Chirinos para hablar de cada uno de los animales elegidos: cada poema es una pieza lúdica, apoyada en una fina ironía y un sutil humorismo, rasgo no muy característico de la poesía escrita en español. Cada poema es también la “fábula” de un animal construida a partir de su relación con el hombre, en muchos casos. Los animales nos hablan de sí mismos, no es el autor quien describe, ellos nos cuentan sus avatares: motivos de su extinción, ideas grotescas de los hombres sobre el reino de los animales, referencias míticas, etc.

Les animaux savent... pero a fin de cuentas son víctimas del hombre. Y el hombre de la enfermedad. Eduardo Chirinos desaparece cuando era ya dueño de sus plenos poderes como poeta. ❧